



*Plaza de Armas de la Academia. A la derecha una formación de a tres, los veteranos cadetes de 1945.*

pensábamos lo mismo que entonces aunque ya no fuéramos capaces de superar las pruebas físicas del examen de ingreso o de seguir a nuestro jefe de escuadrón, comandante Llaca, en su inolvidable paso ligero.

A los caballeros y damas cadetes queríamos decirles que a lo largo de cincuenta años no se vuela siempre con "sol y moscas", ni el viento sopla siempre en popa, que hay tardes de bonanza y noches de galerna, que no se envanezcan por el éxito ni se depriman por el fracaso. Que la "honrada ambición" de que hablan las RR.OO. no significa querer ser más, sino querer ser mejor y que conseguir esto sólo depende de uno mismo.

Y que al llegar a puerto —a ese

## Al filo del cincuentenario Recuerdos cadeteros

Luis Ortiz Velarde  
General de Aviación

A LA PRIMERA PROMOCIÓN DE LA AGA

**A** la vera de mi cama, en el quinto piso del hospital, donde convalezco de un duro quebranto físico, hay un ventanal muy amplio, desde el que se domina todo el sureste de Madrid y el valle del Jarama. Ello me permite contemplar la aproximación del tráfico aéreo desde la baliza principal del Vor a la pista 33 de Barajas, aunque no alcanzo a ver su cabecera. La posición horizontal a que me obliga mi dolencia me encara cómodamente a la recta final de los aviones que fluyen a Barajas desde Charlie Papa Lima. Las noches son largas, de vigilia incierta, insomnes; el silencio pesa mucho; los párpados se niegan a abatirse. Con todo, la actividad aérea en el valle de Jarama es un importante lenitivo. Cuando el orto se anuncia por la meseta de San Juan, el cansancio y la pesadumbre son intensas, pero es el momento de la aproximación final de todo el tráfico de América y del más madrugador interior. Los aviones son como gusanos de luz que se siguen a cortos intervalos y casi se puede estimar la longitud de la pista del Q.M.S. de Barajas.

El escenario y la actividad me sugestionan y estimulan la imaginación: me retrotraen a los tiempos de San Javier. En alguna medida, hay una similitud entre el flujo de aproximaciones a Barajas y el carrusel de las Búcker de la Academia, que vivimos aquel año inaugural en que empezamos a volar. Es como la modernidad frente al origen. El sueño en vigilia me lleva al 2-G-81, al paso de las avionetas, tras el despegue y el viraje a la izquierda, por la vertical del transformador de Santiago de la Ribera, cuando el viento tenía componente norte. Aquel curso fue determinante en nuestra vida. Sucedieron muchas cosas: unas pasaron desapercibidas; otras, no ha podido borrarlas el paso del tiempo. Pretendo rememorar algunas en forma de "brevería".

La vida académica transcurrió aquellos primeros tiempos entre la acomodación a las peculiaridades de la disciplina militar, el acercamiento a los compañeros y los intentos vanos de interpretar a los capitanes de escuadrilla, tres feroces personajes, que pronto alcanzaron la gloria de ser distinguidos con un apelativo acorde con sus estereotipadas cualidades de comunicación: el Gordo Infame, orondo y decidor; Peñita, nervioso, pequeño y recio como un cardo silvestre; el Maniobrero, maragato, panzudo, ligeramente ceceante, silbaba las palabras para imprimir más energía a sus órdenes. Todos ellos se han ido, ya no existen, pero han dejado su aroma de la jara y el tomillo en su recuerdo.

La segunda escuadrilla, con su capitán al frente y herraduras en las botas y botines de charol, batía la plaza de armas antigua, a la hora de instrucción, como mazos sobre un tambor terso y pulido que nunca hubiera sido hollado por tan herrumbrosos batidores; "¡media vuelta!", cantaba el capitán con alegría verbenera, mientras de fondo de la formación salían imprecaciones en sordina.

El día de los Santos, con el ocaso, como era habitual, acudió todo el escuadrón de alumnos a arriar la bandera a la plaza de armas. Los cadetes, a tono con la festividad del día, no debieron de manifestar el entusiasmo y gallardía que el acto demandaba. Se imponía el sombrío crepúsculo de la Ribera y el rumor sordo de las aguas del Mar Menor. La luna, ya visible, estaba menguante y al borde del novilunio. El comandante jefe del escuadrón de alumnos no podía transigir, fiel a su estilo e imagen, con semejante concesión a la geometría disciplinaria de la primera promoción. Nos anunció un paso ligero y... el día de Difuntos, después de comer, a la hora de instrucción, se puso a la cabeza de las tres escuadrillas, con los capitanes al frente de cada una de ellas. Iniciamos la "galopada" más insólita que he sido capaz de vivir. El comandante mantenía su ritmo de fondista a lo largo de los límites del aeródromo, sin descomponer la figura. Mi capitán aherrojó su úlcera de estómago, y siguió doliente y vivaracho la infernal cadencia del paso ligero, sin hacer comentarios. Cuando llegábamos a las Tres Marías, los pulmones se me escapaban por la boca y... me rendí, me paré, me sentí poco gallardo en mi derrota. Las escuadrillas prosiguieron la carrera por la explanada de cemento que bordeaba los barracones, cada vez más distantes de mi fatiga.

Entre el 2-G y el 3-G, entre sus hangares, una avioneta estacionada perdía aceite. Parecía que lloraba su fallo de motor. De la carcasa caían a la bandeja metálica, que las recogía, gotas como lágrimas, en forma de peras diminutas.

Las noches de luna llena un perro mil razas aullaba su soledad, con cadencias lorquianas y barruntos barojianos, tras el toque de silencio. Se llamaba Barbas, era rubio, sucio y "lamerón"; rehuía el agua y seguía a las formaciones de cadetes con una mansedumbre entrañable y maloliente. El cornetín de órdenes le condenaba a una orfandad que el toque de diana aliviaba a su perruna bondad. ¿Qué fue de tí, asqueroso y querido Barbas, que tanto sufriste con la primera promoción?

"¡Caballeros cadetes, ni caballeros, ni cadetes, sinvergüenzas!", clamaba el Avispa el día de la inauguración del bar de alumnos. El alumnado, como las

hordas de Atila, entró al "raque" contra las maravillas culinarias que tan pintoresco personaje había preparado con esmero para la ocasión. Los cadetes, en lo sucesivo, ya no tendrían que ir al pueblo a tomar copas. El bar de alumnos, gerenciado por el Avispa, ofrecería el marco adecuado y distinguido, a tono con la selecta manera de ser del cadete. Pero éste, en manada, es imprevisible, de conducta errática, atrabiliario, follón, etc. Ese día negro, los alumnos, que no todos, se transmutaron en "raqueros" para entrar a saco en las estanterías repletas de botellas, aún sin descorchar. El Avispa gesticulaba, insultaba, manoteaba, a la vez que suplicaba, y ofrecía barra libre, pero con orden. Todo inútil. Por la tarde había tristeza y silencio en la Academia. Por las playas de la Ribera, algunos "raqueros" arrepentidos trataban de recuperar la apostura perdida. A partir de ese día, el Avispa perdió el respeto a los cadetes.

El retorno de las vacaciones era dramático. Unas horas de espera obligada en Madrid para los que procedían del norte se pasaban de cualquier manera, menos descansando de la fatiga del viaje de la noche anterior. En el bajo estado de ánimo que deja el cansancio, el cadete buscó consuelo, amistad y olvido entre las colipoterías de la capital para matar el tiempo que faltaba hasta la salida del tren de Cartagena. Ya por tierras de la Mancha, avanzada la madrugada, comenzó a sentir un picor-ardor en la entrepierna que, ingenuo él, le encendió la luz roja del temor y la sospecha. La preocupación se hizo congoja al comprobar que semejante molestia crecía con el paso de las horas. Cuando llegó a la Academia, se desahogó con su vecino de dormitorio, un vasco bien humorado, vitalista y bullanguero. "Eso qué me dices es gravísimo", espetó éste al asustado cadete perdulario. Al día siguiente, a la hora del reconocimiento médico, cuando el día llamaba al gallo para anunciarse, el cadete fue a consulta con el médico de servicio, un bárbaro que, por sistema, recelaba de cuantos iban al botiquín, por aquello de sospechar que pretendían escamotearse de las tareas académicas más enojosas. "¿Qué le pasa a usted?", inquirió el doctor. "Mi capitán, creo que tengo un eczema en los tentáculos". "¿Cómo dice usted?", interrogó con violencia el médico. El cadete, muy fino y distinguido, pensaba que a las partes húmedas del cuerpo humano había que llamarlas por su nombre de salón, no por su nombre cuartelero, pero resultó que los testículos no alcanzaron la memoria del humillado cadete, y colocó en los tentáculos su dolencia. El doctor, como un energúmeno, tras preguntar al atribulado paciente si tenía el bachillerato, le exigió que repitiese el nombre de la parte afectada. El cadete, ya sin respeto humano, abatido, confuso y derrotado, contestó: "en los c..., mi capitán". De cómo se remató el percance, es mejor no hacer comentarios. Disipada la angustia del neosalversan ("la angustia del neo", según las pirujas de Lola Espejo Oscuro), el cadete recobró la tranquilidad, a pesar de la sanción.

Muchas mañanas se desplazaban los grupos de vuelo a El Carmoli para hacer carrusel y cambiar de periodo, una vez que cada alumno había cumplido el suyo en el aire. Las horas pasadas en este campo de aterrizaje contiguo a Los Alcázares eran gratas, convivenciales, alegres si la clase había salido bien, o bajas, en caso contrario. Dependía del tono con que el proto había corregido los defectos en el aire. El retorno a la Academia a la hora de comer, con el traje de vuelo puesto, sucios de grasa y sudor, daba al ómnibus un tono de vehículo lleno de aviadores que regresaban de sus misiones de combate en los aeródromos de la Segunda Guerra Mundial. En las inmediaciones de la Academia, hay una curva a la derecha para, inmediatamente, torcer a la izquierda y entrar por la puerta principal. La primera curva bordea una pequeña playa, donde las mañanas de primavera avanzada iban a tomar el sol unas muchachas que, a la vista del ómnibus lleno de alumnos aviadores, saludaban y gritaban alborazadas. Los ocupantes del autobús se agolpaban en las ventanas de la izquierda para responder con sus berridos a tan cinematográfico recibimiento, porque aquello parecía una escena de Los Tres Caballeros. No he entendido nunca cómo el ómnibus no volcaba con el incremento que a la fuerza centrífuga le daba el ardor de los cadetes. El conductor, imparable, con una cierta sorna, lejos de amortiguar la velocidad, la incrementaba, el muy ladino.

La proximidad de las vacaciones de verano daba una nota de intranquilidad en las escuadrillas, pues al descanso esperado se contraponía la ansiedad de los exámenes del fin de curso. Cuando aún había algo de luz, al final del ocaso, los alumnos se acostaban tras el toque de silencio. El viento traía desde el Miramar los acordes de una canción que llenaba de nostalgia la mente inquieta del cadete. Era la música de fondo de la película Los Últimos de Filipinas: "... yo te diré por qué mi canción te llama sin cesar...". Tendido en la cama con los ojos abiertos, se sentía volando sobre el éter para acudir a la llamada intemporal de su innominada comunicante. Las notas de la canción cambiaban de intensidad con la velocidad del lebeche; se percibían con nitidez en los periodos encalmados. La noche alejaba la voz indígena que la mente del cadete colocaba con pared y ensoñación en la veranda del Miramar.

Llegó el verano y llegó septiembre. Nueva incorporación, pero esta vez con la segunda promoción.

En las carteleras de los teatros de revista, sobre el nutrido elenco de vedettes, dos destacaban por simpatía, elegancia y belleza. Se llamaban Virginia de Matos y Monique Tibaut. Sin embargo, las preferencias del

puerto que a ellos les parece ahora tan lejano— de todo el mosaico que compone una vida profesional: anhelos, alegrías, éxitos y fracasos, satisfacciones y frustraciones, esperanzas, decepciones, sobreviven sólo dos sentimientos: el amor a España y el compañerismo. Todo lo demás se va desvaneciendo lentamente. O casi todo. Lo que tarda más en borrarse y, a veces, no se borra nunca es el recuerdo de los errores cometidos, de las cosas que hemos hecho mal. Tal vez porque a medida que tenemos menos tiempo dedicamos más a la autocrítica.

Aunque el público no lo advertía teníamos a nuestro lado, ocupando su puesto en formación, a los compañeros ausentes. Frente a nosotros estaban, para representarlos, las viudas y los hijos de algunos. Otros murieron tan jóvenes que sólo los teníamos a ellos. A unos pocos, distintas circunstancias les impidieron acudir. Los echamos de menos, pero es inevitable que alguno llegue siempre tarde a formar. Seguro que algún día oiremos decir a San Pedro aquello de: "¡A formar los arrestados!, ¡los tres últimos arrestados, arrestados!".

Nuestra presencia en San Javier fue también una acción de gracias. Primero a Dios; es obvio enumerar las razones, son tantas que no nos bastarían los ochenta tomos del Espasa. Y después a todos y todas las que colaboraron en la preparación y realización de ese acto tan entrañable para nosotros, desde el jefe de Estado Mayor que lo autorizó hasta la última soldado profesional que estaba atenta a la posibilidad de que alguno de los que nos manteníamos en posición de firmes necesitara una silla, pasando por el general director de la Academia y todos los hombres a sus órdenes que lo prepararon perfectamente, y a las esposas, hijos, hijas, nietos y nietas que, las primeras desde muy pronto y los demás a medida que se fueron incorporando a filas, nos acompañaron en nuestra larga singladura y que ahora nos arropaban con su cariño. Sin olvidar a algún amigo al que la emoción empañaba los ojos. Y, por supuesto, a la comisión organizadora.

Por debajo de la emoción y la nostalgia, como una suave y sedante mÚ-



*Exhibición de la Patrulla Aguila.*



*El teniente general Fontecha, acompañado de un caballero cadete, hace la ofrenda a los compañeros muertos en acto de servicio.*

sica de fondo, se percibía una tranquilizadora sensación de continuidad, de que no había una gran diferencia entre nosotros y aquellos cadetes allí formados, que éramos parte del mismo equipo, que no éramos distintos los unos de los otros.

Después habló el teniente general Puigcerver y tradujo en palabras nuestras sensaciones. Nos dijo con su magnífico estilo: "... Cincuenta años separan a nuestras respectivas promociones. ¡Cuánto tiempo y, sin embargo, qué poco si consideramos que

no existe solución de continuidad entre ellas, porque estamos unidos por todas las promociones que cada año salen de este centro inspiradas en los mismos principios!...".

A lo largo de estos cincuenta años el Ejército del Aire ha ido evolucionando de una manera natural, como crece un niño o un árbol. Las sucesivas promociones han sido como olas del mismo mar llegando a la orilla una tras otra. En aquellos cadetes nos veíamos a nosotros mismos. En la misma plaza de armas, con los mismos uniformes, con el mismo brillo ilusionado en la mirada. Frente al mismo mar azul y bajo el mismo cielo alto y claro.

Esta continuidad ha sido posible porque en los últimos cincuenta años, España ha sido un remanso de paz — si exceptuamos el terrorismo— en medio de un mundo convulsionado.

Ingresamos en la Academia el 15 de septiembre del 45; cuarenta y un días después de que la explosión de la primera bomba atómica rubricase trágicamente el fin de la II Guerra Mundial. Vimos alzarse el telón de



*El general director de la Academia General del Aire, José García Rodríguez, saluda al teniente general Puigcerver.*

acero y el muro de Berlín. Después Dien-Bien-Fú, Corea, Argelia, Vietnam... y una sucesión ininterrumpida de conflictos que llegan hasta hoy. Dice Alvin Toffler que en los últimos cincuenta años el mundo sólo ha disfrutado de veintidós días en paz. Creo que exagera.

Hemos sido afortunados. Nos correspondió ir abriendo camino al Ejército del Aire con el que habían soñado todos los heroicos visionarios que nos habían precedido por los caminos del aire. Una pléyade de héroes que no alcanzó categoría legal de Ejército hasta el año 39 y no tuvo su academia propia hasta que fue creada por Decreto del año 43 y nos abrió sus puertas en 1945. Así se dio la paradoja de que los más heroicos aviadores no pertenecían al Ejército del Aire porque no existía.

Nosotros sí. Nosotros hemos teni-



*El teniente general Puigcerver, como más caracterizado de la primera promoción, firma en el Libro de Honor de la Academia.*

do el privilegio de nacer a la vida profesional en el seno del Ejército del Aire y la fortuna añadida de no tener historia. Más de una vez hemos oído que son felices los pueblos que no tienen historia. Si este dicho es cierto nosotros somos unos elegidos de la Fortuna porque la nuestra es una promoción que no tiene histo-

ria. No os enfadéis queridos compañeros. A pesar de los treinta y dos compañeros de promoción muertos en acto de servicio, de que hemos dado al Ejército del Aire un jefe de Estado Mayor de la Defensa y dos jefes de Estado Mayor del Aire, no tenemos HISTORIA con mayúsculas, tenemos nuestra historia y es lógico que sintamos el sano orgullo de pertenecer a la Primera Promoción y la satisfacción de saber que hicimos lo que pudimos, que no es poco, pero, como un ejercicio de humildad,

os invito a imaginar el panorama que habríamos podido contemplar si en el año 45, cuando ingresamos en la Academia, hubieran formado junto a nosotros los que habían "ingresado" cincuenta años antes, rodeados de unos cuantos compañeros más modernos, y hubiéramos sido conscientes de lo que

representaban estos nombres en la historia de la Aviación y en la de España. Si la muerte no hubiera madrugada tanto y las cosas se hubieran organizado de otra forma estarían allí, como invitados extranjeros, los hermanos Wright (tendrían 78 y 74 años), y entre los españoles el general Kindelán (primer piloto militar español); el Infante don Alfonso de Orleans (segundo piloto militar español); el capitán Celestino Bayo primera víctima de la Aviación Militar (1912); el capitán Barreiro y el teniente Ríos que el 19 de noviembre de 1913 fueron los primeros aviadores del mundo que derramaron su sangre en una acción de guerra aérea y los primeros aviadores españoles condecorados con la Cruz Laureada de San Fernando; estarían también Juan Antonio Ansaldo; Ochando; Burguete; Nombela; Senén Ordiales; Félix Martínez; Felipe Matanzas; Ramón Franco; Emilio Herrera; Barberán; Joaquín Loriga; Martínez Esteve; Jiménez; Iglesias; Carlos M. Vara de Rey; Carlos Haya; Calderón Gaztelu; Ugarte; Morato; y, entre otros muchos héroes, el general Eduardo González-Gallarza que ese, afortunadamente, sí estaba.

Entre el 19 de noviembre de 1913 y el 15 de septiembre de 1945, fecha en que ingresamos en la Academia, se concedieron a los aviadores españoles 17 Laureadas de San Fernando y 142 Medallas Militares (una herencia abrumadora).

Trato de decir con esto que los cincuenta años anteriores a nuestro ingreso en la Academia, los que separan 1895 de 1945 están tan repletos de acontecimientos históricos aeronáuticos y las vicisitudes que atravesó España fueron tantas, que parecen mil años si los comparamos con los que van desde 1945 a 1995 entre los que discurrieron nuestras vidas profesionales y en los que, afortunadamente, "no ocurrió nada".

Por eso entre los cadetes que nos acompañaron y nosotros no había más diferencias que algún lumbago que otro y unos hilos de oro en la bocamanga. En nombre de la Promoción me atrevería a decirles:

¡Gracias por estar allí con nosotros, compañeros, y que podáis celebrarlos! ■

alumnado se decantaban sobre esta última, quizá por aquello de ser foránea. Algunos alumnos, buscando la compañía que no tenían en las soledades del estudio, pidieron a ambas señoritas una fotografía dedicada, que les fue generosa y elocuentemente remitida. Las de Monique eran más insinuantes que las de Virginia, Monique se mostraba sugerente, variopinta en el atuendo y muy expresiva en las dedicatorias: a cada peticionario le escribía una distinta en un alarde de fertilidad mental y fantasía. El cadete, en el estudio al pie de la taquilla, tenía frente a él y como estimulante para vencer el sueño y la aridez del tema, la fotografía de tan fantásticas y cadeteras vedettes. El teniente de servicio, en su recorrido habitual por la escuadrilla para vigilar el estudio, cierto día se sorprendió de la cantidad de fotografías de la misma mujer con distinto atuendo y dedicatoria. "¿Quién es esa señorita?", inquirió a un alumno, lleno de curiosidad malsana. "¡Mi teniente, es mi novia!", contestó el interpelado con la cara adusta. El oficial se alejó mascullando: "¡Caray...!". En su alejamiento movía la cabeza, no se sabe si de envidia o de nostalgia. El interpelado miró a Monique y sonrió.

Pasaron las Navidades y se reanudó la vida académica. La moral era baja, como sucedía en todos los retornos de vacaciones. En esta coyuntura se incrementaban los arrestos por la laxitud del cadete ante la vuelta a una actividad a la que ya se había desacostumbrado. Los arrestos se cumplían en las escuadrillas a la hora de paseo. Pero un día de enero... se acabó la comodidad de tan benigna sanción y nació el Caimán. El Caimán fue el nombre coloquial que se dio a una formación integrada por alumnos arrestados, que debían hacer una hora de instrucción en la Plaza de Armas, con el mosquetón en "suspendan". De esta efeméride nació una canción inspirada en un mambo de la época: "... el 27 de enero, creó el Mangas el Caimán (bis), los hermanos Chocolate son los primeros que van; se va el Caimán, se va el Caimán...". El día de la inauguración, una enorme formación de tres en fondo, al mando del Mangas (nuevo capitán de la primera escuadrilla) se "despellejaron" los dedos índice y pulgar de la mano derecha, por el peso sostenido del mosquetón, durante una hora. Los no arrestados recibieron con "pitorreo" la descripción del primer Caimán. Los afectados lanzaron unas cuantas imprecaciones bastante procaces. El Caimán inspiró una revista de vida efímera, crítica, ingeniosa y promocional.

Las camas en la escuadrilla estaban colocadas en "batería". A efectos de la brevería que vamos a relatar, llamaremos a sus protagonistas el intermedio, el lateral derecho y el lateral izquierdo. El intermedio estaba obsesionado por el descanso. Como el toque de silencio era a las diez de la noche, y el de diana a las seis de la mañana, difícilmente podía dormir ocho horas, pues, además de que se desvelaba con facilidad, las violentas, aunque incruentas agresiones que le llegaban por los costados le impedían coger el sueño pronto. Para defenderse, se colocaba unas gafas de paño negro que se había hecho con esmero; se ponía taponos en los oídos y se obturaba con algodones los orificios de la nariz. El lateral derecho no debía estar operado de amígdalas, porque roncaba con un alto nivel de decibelios, sostenidamente, con ronquidos pluritonales y gorgoros de bandada de aves acuáticas. Al izquierdo le sudaban mucho los pies, y como era muy ahorrador, se pasaba semanas enteras sin cambiarse de calcetines; cuando se los quitaba para ir a la cama, en vez de meterlos dentro de las botas los dejaba extendidos sobre la caña de aquellas, a fin de que se secasen, con lo que los efluvios de tales prendas aumentaban en intensidad y radio de acción. Se comprende la desesperación del cadete intermedio, flanqueado por tales ataques y su descanso, porque por añadidura era ya verano, el día no se agotaba hasta después del toque de silencio y llegaba nítida la música sugerente y pegadiza del Miramar. Y una noche, cuando ya reposaba la escuadrilla y solo el intermedio velaba su desesperación, entre notas disonantes y ataques a su pituitaria, tomó una decisión. Se levantó y cogió con los dedos uno de los calcetines del lateral izquierdo. Los calcetines, ya secos por el calor, tenían la planta acartonada. Se dirigió al lateral derecho y con un cuidado extremo le metió en la boca la punta de san sudada prenda. El lateral derecho, desde la profundidad de su sueño, chupó con delectación hasta que la intensidad del olor lo despertó... ¿Cómo acabó aquéllo? Al de la derecha se le cortó la digestión de la cena. El de la izquierda metió sus calcetines en el fondo del saco de la ropa sucia y al día siguiente se mudó. El intermedio se durmió, al fin, boca arriba, con las manos cruzadas encima del estómago y una sonrisa perversa, que las gafas de paño negro acentuaban siniestramente. Al toque de diana, preguntó a sus compañeros y vecinos: "¿Qué pasó anoche, que me pareció oír voces?".

... Y Miquel, el fotógrafo, aprovechaba todas las posibilidades de su Leika para adornar con mechales de plata los contraluces que el atardecer posaba sobre la superficie rizada del Mar Menor...

♦♦♦♦

Lo antedicho son relatos extraídos del desván de la historia intrínseca de la primera promoción de la AGA. La dureza de la formación académica y el talento ordenancista de la vida cotidiana eran compatibles con un cierto tono alegre y desenfadado. El polvo del tiempo quizá haya restado nitidez a la realidad de lo sucedido, pero la imaginación llenó las pautas inevitables de la memoria.

Como lo recuerdo, lo he contado.